

BIBLIOTECA ECONOMICA



NUMERO 36

LAMARTINE

Biografia de Homero



SE PUBLICAN TRES VOLUMENES POR MES



EDITOR, FRANCISCO A. GAMBOA

SAN SALVADOR — CENTRO-AMÉRICA

Octubre 20 de 1899.

EDICION DE 2,000 EJEMPLARES IMPRENTA AMERICANA

BIBLIOTECA ECONOMICA

36 volúmenes publicados, que contienen :

TOMO I.

- 1º. "El primer beso," por J. Antonio Delgado; "Tapaligui," por Ricardo Fernández Guardia; "Palimpsestos," por Rubén Darío; "Amor ideal," por E. Gómez Carrillo; "Ondina," por Ramón Rosa.
- 2º. "Florilegio," (colección de pensamientos de autores ilustres.)
- 3º. "En las aguas de Abano," novela por Emilio Souvestre; "El Chapín," "El Guaraco," (cuadros de costumbres) y "El Almanaque," por José Milla.
- 4º. "La Garza," "Las tardes de abril," "A mi gallo," (poesías,) por Juan Diéguez; "Fragmentos descriptivos" de los poemas de Batres Montúfar; "San Juan," "La Rosa," "Yo pienso en tí," por el mismo.
- 5º. "Victor Hugo," por Emilio Zola; "VVaterloo," por Víctor Hugo.
- 6º. "VVaterloo," (conclusión,) por Víctor Hugo; "La tela invisible," por Hans Christian Anderson, y "En familia.....yankee," por Heinrich Urban.
- 7º. "Poesías," de Calixto Velado.
- 8º. "Edgar Poe," por Carlos Baudelaire; "Ligeia," por Edgar Poe.
- 9º. "Cuatro palabras con una momia," "El Gato Negro," "La barrica de Amontillado," "El cuervo," por Edgar Poe.
- 10º. "José Cecilio del Valle" por Rómulo E. Durón; "Acta de independencia," "El sabio," "Los maestros," "El campo," "Elogio fúnebre del p. Goicoechea," por José Cecilio del Valle; "Valle, juzgado por Barrundia".

TOMO II.

- 11º. "Cuentos populares," por don Antonio de Trueba.
- 12º. "Poesías," de Vicente Acosta.
- 13º. "Dos idilios," por Ludovico Halévy.
- 14º. "Dos idilios," (conclusión,) por Halévy; "La moral del matrimonio," por VV. S. Lilly; "Quién tiene la culpa?," por Amelia E. Barr y Rosa Terry Cooke.
- 15º. "El Crimen de Julieta", por Charles Corbin.
- 16º. "El Crimen de Julieta" (Conclusión), por Charles Corbin; "Elogio fúnebre de Fr. Matías Córdoba", por José Milla; "La tentativa del león y el éxito de su empresa", por Fr. Matías Córdoba.
- 17º. y 18º. "Efemérides Centro-americanas", por Alejandro Marure.
- 19º. "Tradiciones", por Ricardo Palma.
- 20º. "Poesías" de Salvador Díaz Mirón.

TOMO III.

- 21º. "Tres héroes", por Juan Montalvo.
- 22º. "Lohengrin", por Ricardo VVagner.
- 23º. "Páginas alegres", por Luis Taboada.
- 24º. y 25º. "Cyrano de Bergerac", por Edmundo Rostand.

Biografía de Homero

POR

ALFONSO DE LAMARTINE

SEMBLANZA DE LAMARTINE

¡Lamartine! Su nombre dulcemente sonoro fue el primer nombre de poeta que acarició mi oído. Sus versos fueron los primeros que retuvo mi memoria, cuando, muy niño aún, arrodillábame en el amplio lecho maternal, y juntando mis manos, recitaba palabra por palabra, siguiendo una voz muy querida y que dejó de vibrar hace mucho tiempo, la plegaria matinal:

¡O pére qu' adore mon pére!
Toi qu' on ne nome qu' á gencoux,
Toi dont le nom terrible et doux
Fait courber la front de ma mère;

Lamartine es (decía Humboldt en 1843) un cometa, cuya órbita no ha sido medida aún.

Sólo veinticinco años después de su muerte, y en los últimos de este siglo, del que es la gloria más pura, empezamos á comprender cual fue la grandeza de aquel poeta del pensamiento y de la acción, que reunió en sí todos los rasgos y todas las formas del genio. Grecia después de haber colocado su lira en medio de las estrellas, hubiera convertido á ese mortal, en cuya vida se resumen tantas otras, en un personaje místico, en otro Orfeo, porque domó á la más feroz de todas las fieras: al hombre; ó en algún Pelerofonte vencedor de la Quimera y gineete en el caballo alado de las Musas, caído del cielo como él, y concluyendo de vivir según dijo Homero, con el corazón consunido por los pesares, solo y huyendo de los senderos transitados por los hombres. Para nosotros es el representante más noble y ejemplar de la humanidad: el héroe moderno.

Es el primero que aparece de la gran trinidad poética. Su caridad radiante es la primera que deslumbra al siglo. Los *poémas*, del puro y sombrío Alfredo de Vigny, las *Odas* del niño sublime que debía ser Víctor Hugo, no aparecieron sino dos años después de las *Me itaciones*. También es el primero de los poetas franceses que tuvie-

ron el sentido de lo infinito. Su poesía es sencilla, esencialmente religiosa. Ascende como un canto. Lo ha espiritualizado todo: la Naturaleza, el hombre, sus pasiones, el mismo ensueño

Carece de arte, ha dicho un escritor muy sutil, y esta frase de profundo sentido da á entender lo que fue aquel genio, tan espontáneo que parece inconsciente.

El poema de su vida activa comienza al día siguiente de las *Armonías*. La revolución de 1830, rompiendo el lazo que le une á la realeza tradicional, le deja libre cuando ya había aprendido del Imperio lo que valía la libertad. Los Gobiernos no eran á sus ojos sino instrumentos de civilización. Guardó Lamartine, sin embargo, á la Monarquía de Julio, el rencor de un realista caído. Juzgando perdidos ya á los Borbones de la primera rama, ya era, inconscientemente, republicano. Y con la segunda vista que poseía, como don singular, adivinaba que había de intervenir en las catástrofes que se aproximaban. Para soñar con ellas y para soñar al mismo tiempo con los grandes poemas que había concebido, marchó á Oriente. Quiere ver la cuna de las razas, la tierra de los Profetas y meditar en el Calvario.

A su regreso entra en la Cámara. Toma asiento en el techo, como el decía. En política, las combinaciones inmediatas, la lucha cotidiana y el aspecto práctico de las cosas le interesan poco. Pero en aquel campo, como en el de la poesía, tiene la imaginación adivinadora, y abarca los conjuntos en un amplio golpe de vista que alcanza á grandes distancias. Habla. Desarrolla magníficamente sus ideas y sus ensueños, que el porvenir realizará, en una serie de discursos animados por un aliento verdaderamente profético: sobre la cuestión de Oriente, los caminos de hierro, la vuelta á Francia de los restos de Napoleón, y las fortificaciones de París, por no citar sino las más célebres. Es un visionario. Para él, la tribuna es una trípode. Sus oraciones son oráculos. Predice y no por medio de sibilíticas circunlocuciones, sino en términos formales y precisos, la apertura del Istmo de Suez, el inmenso desenvolvimiento de las vías férreas, las dificultades actuales entre el Estado y las grandes Compañías, el segundo imperio, la unidad de Alemania, el sitio de París la guerra civil que lo siguió.....¿qué se

yo cuántas cosas más! Antes que nadie, agita en la Asamblea la cuestión social. Su alma generosa emocionada, conmovida por la caridad que siente hacia el género humano. "Tengo el instinto de las masas" escribió en 1828. Y algunos años después: "El espíritu social ha reemplazado al espíritu monárquico" La Cámara, momentáneamente encantada, le escucha. El país le oye.

Se halla entonces en el apogeo de su gloria. Publica *Joselyn*, el único gran poema moderno, sublime y familiar á la vez. Dos años después, en mayo de 1838, da á la luz *La caída de un ángel*. De concepción desmesurada y desigual estilo, ya espléndido, ya confuso. *La caída de un ángel*, á pesar de sus incoherencias y las complacientes concesiones á que induce una ejecución apresurada, sigue siendo el único gran poema épico del siglo. Durante el año siguiente aparecen *Les recueillments*, su última obra lírica. Dijérase que siente impaciencia por librar al poeta de su carga, para estar más dispuesto á la acción. Desde entonces la Historia resucitada ó viviente, apodérase de él por completo. Para la Francia que se ahurre, escribe *Los Girondinos*, el poema de la Revolución.

La Historia se ha apoderado de él. La acción lo empuja, lo apasiona, lo embriaga, y desde la altura de sus sueños, bruscamente, va á precipitarlo al poder. Solamente manos débiles, manos de viuda y niño, podían detenerlo. Pero su destino le arrastra. "Una oleada de terror—había dicho—me arrojará al timón roto. Una tempestad, á nada. Y su profecía se cumplió. Llegó la tempestad soñada. Desde febrero á junio de 1848 fue el heroico timonel de la nave de Francia, que combatida por el mar, asaltada por la tormenta, y á los resplandores del rayo, dirígese hacia lo desconocido, sin que nadie la pueda sumergir.

Durante aquellos tres meses fue el alma elocuente de la patria, el intrépido tribuno de la paz y de la humanidad. La silla de paja desde la cual el 25 de febrero, ante el Hotel de Ville, al resplandor de los sables, de las bayonetas y de los fusiles á punto de dispararse; dominando el tumulto, los gritos, las detonaciones y el toque de somatén, arengó al pueblo amotinado haciendo abatir

la bandera roja, parécenos más sublime que la tribuna de los Gracos ó la de Mirabeau. El 17 de marzo comienza de nuevo aquella jornada legendaria. Día por día prodiga su vida y su genio. Cada día se nos muestra más rico de elocuencia y abnegación. El oro que aun le queda, lo dilapida en obras de caridad. Francia es quien lo da por su mano. La naturaleza lo había hecho patricio. Sus sentimientos populares no eran más que una suprema liberalidad de su alma, grande y noble.

El 23 de abril, Francia vota. Tres millones quinientos mil votos lo aclaman. La Constitución lo declara benemérito de la patria, y el 6 de mayo cuando va á dar cuenta de su Gobierno, la Asamblea en masa, levántase ante él. Fue el rey de una hora. Francia estaba en sus manos, pero la dictadura que le ofrecían le era odiosa. No quería ser, á lo sumo, sino el primero de los ciudadanos, puesto que era el mejor. Su probidad cívica lo perdió. El único crimen que puede echársele en cara es un exceso de generosidad. Pero cuando un pueblo está fatigado ó es incapaz de ser libre, jamás perdona á la virtud demasiado eminente que se haya negado á servirle aun en sus instintos de esclavo. La caída de Lamartine, fue tan rápida y aterradora como inmerecida é irremediable además. Reaparece Lamartine el 15 de mayo para cumplir con su deber. Y durante las jornadas de junio, se le ve pasar á caballo, yendo hacia las barricadas, con la cabeza descubierta, sonriente á la muerte, que deseaba y que buscó.

Pero le era preciso expiar su genio y pagar abundantemente el rescato de tanta gloria. Vivió. Conoció la sociedad del tiempo. El golpe de Estado de diciembre lo había relegado á la sombra. Envejeció en ella dieciocho años, olvidado, arruinado bajo el peso de inquietudes y de penas renovadas continuamente, y sin tener ni derecho á desesperar. Porque él mismo se había condenado, como se ha dicho exactamente, á los *trabajos forzados* del honor. Sufrió su pena hasta el fin, y convirtió en oficio su genio. La pluma del gran cisne blanco, como él se complacía en llamarla tiempo atrás, ya no era sino una herramienta servil.

Tengamos el valor de decirlo: Francia fue ingrata con Lamartine. Había contraído con él una deu-

da sagrada que no pagó, y no teje ahora, sino tardíamente, para la sombra de aquel gran poeta que fue un gran ciudadano, la doble corona que merecía, de encina y de laurel.

Lamartine sacudió el yugo de la vida el 27 de febrero de 1869 (*).

La muerte, clemente con él, le libró de asistir al desastre de 1870.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

BIOGRAFIA DE HOMERO

I

Una de las facultades más naturales y más universales del hombre, es la de reproducir en sí por la imaginación y el pensamiento, y fuera de sí por el arte y la palabra, el universo material y el universo moral en cuyo seno ha sido colocado por la Providencia. El hombre es el espejo reflexivo de la naturaleza. Todo se renueva, todo se anima, todo renace en él por medio de la poesía. Es una segunda creación que Dios ha permitido inventar al hombre, reflejando la primera en su pensamiento y en su palabra; un *verbo* inferior, pero verdadero, que crece sólo con los elementos, con las imágenes y con los recuerdos, cosa que la naturaleza ha creado antes que él: juego infantil, pero divino, de nuestra alma con las impresiones que ésta recibe de la naturaleza: juego por el cual formamos á cada instante esa figura pasajera del mundo exterior y del mundo interior, que se pinta, que se borra y se renueva sin cesar ante nosotros. Hé aquí por qué la palabra *poesía* quiere decir *creación*.

(*) Lamartine nació en Macón el 21 de Octubre de 1790. Sus principales obras literarias son: *Confidencias*, *Meditaciones*, *Armonías*, *La muerte de Sócrates*, *Viaje á Oriente*, *Jocelyn*, *La caída de un ángel*, *Historia de los girondinos*, *Historia de la revolución de 1848*, *El Civilizador*, *Tres meses en el poder*, *Gruciela* y *El picapedrero de Saint Point*.

La memoria es el primer elemento de esta creación, porque ella nos recuerda las cosas pasadas que han desaparecido de nuestra alma; así las *Musas*, esos símbolos de la inspiración, fueron llamadas en la antigüedad las *hijas de la memoria*.

El segundo es la imaginación, que da colorido á las cosas y las vivifica.

El sentimiento es el tercero, porque á la simple vista ó por el recuerdo de estas cosas acaecidas ó bosquejadas de nuevo en nuestra alma, aquella sensibilidad hace volver á sentir al hombre impresiones físicas y morales casi tan intensas y tan penetrantes, como serían las impresiones de esas mismas cosas si se hallasen presentes en realidad ante nuestros ojos.

El criterio es el cuarto, porque es el único que nos enseña el orden, la proporción, la relación, la justa armonía con que debemos combinar y coordinar entre sí esos recuerdos, esas fantasmas, esos dramas, esos sentimientos imaginarios ó históricos, para conformarlos del mejor modo posible con la realidad, con la naturaleza, con la verosimilitud, á fin de que produzcan sobre nosotros mismos y sobre los demás una impresión tan completa como si el arte fuera verdad.

El quinto elemento necesario de esta creación, ó de esta *poesía*, es el dón de expresar por la palabra lo que vemos y sentimos en nosotros mismos, de reproducir en lo exterior lo que nos pasa interiormente, de pintar con palabras el color, la impresión, el movimiento, la palpitación, el gozo ó el dolor que experimentan las fibras de nuestro propio corazón á la vista de los objetos que nos imaginamos. Para esto son necesarias dos cosas: la primera, que los idiomas tengan ya la riqueza suficiente, y mucha fuerza de expresión, para que el vate no carezca de colores en su paleta; la segunda, que el poeta mismo sea un instrumento

humano de sensaciones, muy impresionable, muy sensible y muy completo; que no falte ninguna fibra humana á su mente ó á su corazón; que sea una verdadera lira cuyas cuerdas vibren unísonas; una escala tan extensa como la naturaleza á fin de que en ella encuentren lo grave ó lo frívolo, el dolor ó la alegría, lo sentimental ó lo indiferente, la nota que le corresponda. Se necesita más aún; es preciso que las notas de esta escala humana vibren en él muy sonoras para que puedan comunicar su vibración á los demás; es necesario que esa vibración interior haga asomar á sus labios expresiones fuertes, pintorescas, que se graben en la imaginación por la energía misma de su acento. La fuerza sola de la impresión es la que crea en nosotros la palabra, porque la palabra no es otra cosa sino el rechazo del pensamiento. Si el pensamiento hiere con mucha fuerza, la palabra es fuerte; si hiere con suavidad es suave; si hiere débilmente es débil. Según es la pulsación así es la palabra; ¡hé ahí la naturaleza!

Por último, el sexto elemento necesario á esta creación interior y exterior que se llama poesía, es el sentimiento musical, es el oído de los grandes poetas, porque la poesía canta en vez de hablar, y todo canto necesita de música para leerle y para que resuene mejor y más voluptuoso en nuestros sentidos y en nuestra alma. Ahora si me preguntáis, por qué el canto es una condición del lenguaje poético, os responderé: porque la palabra cantada es más bella que la palabra simplemente narrada. Pero si queréis profundizar aún más y me preguntáis, por qué la palabra cantada es más bella que la palabra narrada, os responderé que lo ignoro, y que deberéis preguntarlo al que ha formado los sentidos y el oído del hombre más voluptuosamente impresionado para la cadencia, para la simetría, para la medida y para la melodía

de los sonidos y de las palabras, que para los sonidos y las palabras inarmónicas que se oyen accidentalmente; os contestaré que el ritmo y la armonía son dos leyes misteriosas de la naturaleza que constituyen la soberana belleza ó el orden de la palabra. Hasta las esferas mismas se mueven al compás de un ritmo divino, los astros cantan, y Dios no es sólo el grande arquitecto, el gran matemático, el gran poeta de los mundos, sino que es también el gran músico. La creación es un canto cuya cadencia ha medido y cuya melodía escucha á todas horas.

Pero el gran poeta, según lo que acabo de decir, no debe estar dotado solamente de una memoria vasta, de una imaginación rica, una sensibilidad exquisita, de un juicio recto, de una expresión fuerte, de un sentido musical tan armónico como cadencioso; es preciso que sea un filósofo consumado, porque la sabiduría es el alma y la base de sus cantos; es necesario que sea legislador, porque debe comprender las leyes que rigen las relaciones de los hombres entre sí, leyes que son á las sociedades humanas y á las naciones lo que el cimiento á los edificios; debe ser guerrero, porque canta á menudo las batallas, las tomas de ciudades, las invasiones ó defensas de territorios por los ejércitos; debe tener el corazón de un héroe, porque celebra las grandes hazañas y las grandes acciones del heroísmo; debe ser historiador, porque sus cantos á veces son narraciones; debe ser elocuente, porque hace discutir y arenga á sus personajes; debe ser viajero, porque describe la tierra, el mar, las montañas, las producciones, los monumentos, las costumbres de los diferentes pueblos; debe conocer la naturaleza animada é inanimada, la geografía, la astronomía, la navegación, la agricultura, las artes, los oficios hasta los más vulgares de su época, porque en sus cantos recorre el cielo, la tierra, el

Océano, y saca sus comparaciones, sus cuadros, sus imágenes, de la marcha de los astros, de la maniobra de los buques, de las formas y de las costumbres de los animales, así dóciles como feroces; marinero con los marineros, pastor con los pastores, labrador con los labradores, herrero con los herreros, tejedor con los que hilan los vellones de los rebaños ó que tejen las telas, hasta mendigo con los mendigos en las puertas de las cabañas ó de los palacios. Debe tener un alma sencilla como la de los niños, tierna, compasiva y llena de piedad como la de las mujeres, decidida é impasible como la de los jueces y de los ancianos, porque recita los juegos, las inocencias y los candores de la infancia, los amores de la juventud, los diferentes afectos del corazón, el enternecimiento compasivo hacia las miserias del destino: escribe con lágrimas; su obra maestra es el hacerlas derramar. Debe inspirar á los hombres la piedad, esa simpatía la más bella de todas las simpatías humanas, porque es la más desinteresada. Debe ser, en fin, un hombre piadoso y empapado en el culto de la Providencia, porque así habla del cielo como de la tierra. Su misión es la de hacer aspirar á los hombres al mundo invisible y superior; poner el nombre supremo hasta en las bocas inanimadas, y presentar todas las emociones que suscite en el ánimo ó en el corazón de un cierto presentimiento inmortal é infinito, que es la atmósfera y como el elemento invisible de la Divinidad.

Tal debería ser el poeta perfecto; hombre múltiple, resumen vivo de todos los dones, de todas las inteligencias, de todos los instintos, de todas las ternuras, de todas las virtudes, de todos los heroísmos del alma; criatura tan completa cuanto puede serlo el barro humano en toda la perfección de que es susceptible.

Luego que este hombre aparece en la tierra,

fuera de su lugar, por su superioridad misma, entre lo general de los demás hombres, la incredulidad y la envidia le siguen á todas partes como la sombra al cuerpo. La fortuna, celosa de la naturaleza, huye de él; el vulgo, incapaz de comprenderle, le desprecia como un huésped importuno de la vida común; las mujeres, los niños y los jóvenes le escuchan cantar en secreto, ocultándose de los viejos, porque aquellos cantos corresponden á las fibras aun vírgenes y sensibles de sus corazones.

Los hombres de edad madura significan su desaprobación con un movimiento de cabeza, porque no les gusta que arrebatan de ese modo sus hijos y sus mujeres á las frías realidades de la vida; llaman sueños á las ideas y á los sentimientos que aquellos genios inspirados infunden en la mente y en el corazón de sus generaciones; los viejos temen por sus leyes y sus costumbres, los grandes y los poderosos por su dominación, los cortesanos por sus favores, los ambiciosos por su parte de gloria. Los desdenes afectados ó positivos ahogan la fama de esos hombres divinos; la miseria y la indigencia les lleva de ciudad en ciudad, el destino les aísla, la persecución les presenta como sus víctimas; un niño ó un perro les guía, cuando enfermos ó ciegos mendigan de puerta en puerta, ó cuando yacen en un calabozo; entonces se llama locura á su genio, para excusarse hasta de compadecerlos.

¡Y no solamente el vulgo es quien trata así á esos hombres de memoria, no: son los filósofos como *Platón*, que dictan leyes y hacen votos de proscripción contra los poetas! *Platón* tenía razón en su anatema contra la poesía, porque si el ciego de Chío hubiera entrado en Atenas, el pueblo quizá hubiese destrozado al filósofo. ¡Hay más política práctica en un canto de *Homero* que en todas las utopías de *Platón*!

II

Homero es ese ideal, ese hombre sobrehumano, desconocido y perseguido de su tiempo, inmortal después de su desaparición sobre la tierra. Hé aquí la historia de su vida.

Algunos sabios han supuesto ó suponen aún que Homero no ha existido, y que sus poemas son *rapsodias* ó fragmentos de poesía, hilvanados y reunidos por ciertos *rapsodistas*, cantores ambulantes que recorrían la Grecia y el Asia improvisando cantos populares. Esta opinión es el ateísmo del genio, y se refuta por su misma absurdidad. ¿Cien Homeros no serían aún más maravillosos que uno solo? ¿La unidad y perfección semejante de las obras no atestiguan la unidad de pensamiento y la perfección de la mano del autor? ¿Si la Minerva de *Fidias* hubiera sido hecha pedazos por los bárbaros, y me hubiesen presentado uno á uno los miembros mutilados y exhumados, adaptándose perfectamente los unos á los otros, y ofreciendo todos la huella del mismo cincel, desde la cabeza á los pies, diría yo al contemplar todos aquellos fragmentos de incomparable belleza: ¿esta estatua no es obra de un sólo *Fidias*, sino de mil artistas desconocidos que se han juntado por casualidad para hacer sucesivamente esta maravilla de dibujo y de ejecución? No; reconocería en la evidencia de la unidad de concepción, la unidad artística, y clamaría: ¡es *Fidias*! como el mundo entero exclama: ¡es Homero! Dejemos, pues, á un lado estas incredulidades, vestigios de la antigua envidia que ha perseguido á este grande hombre hasta en la posteridad, y digamos cómo vivió.

Homero vino al mundo 907 años (1) antes del nacimiento de Cristo. Desciende de raza griega,

(1) Según la cronología de los mármoles de Paros.

ora hubiese visto la luz en *Chío*, isla del Archipiélago griego que pertenece al Asia Menor, ora naciese en *Smirna*, ciudad asiática, pero colonizada por griegos.

Salían entonces los griegos del período primitivo de su formación, período pastoral, guerrero-agrícola y naval, para entrar en el período intelectual y moral; semejantes en esto á las nieves de su *Tesalia* y de su monte *Olimpo*, que arrastran sus aguas turbias é impetuosas antes de sosegar y clarificarse en sus valles. Este pueblo, destinado á ocupar en un tan pequeño espacio un puesto tan grande en el mundo de la historia, del pensamiento y de las artes, era una reunión de cinco ó seis razas, unas europeas, otras africanas, otras asiáticas, á quienes la contigüidad de Europa, Asia y Africa, había mezclado en aquella encrucijada del mundo antiguo, frontera indecisa de tres continentes. Su núcleo primitivo se hallaba en las rocas del *Epiro* y de la *Macedonia*; pero la rudeza del montañés, el genio aventurero del marino, la dulzura del asiático, la religión del egipcio, el pensamiento del indio y la movilidad del persa, estaba todo tan enclavado en su aspecto físico y en su carácter múltiple, que este pueblo por su belleza, su heroísmo, su gracia, su genio enprendedor y flexible á la vez, era como un resumen de todos los pueblos. Los bosques de Europa le habían dado sus costumbres heroicas y salvajes, el Egipto sus sacerdotes y sus divinidades, los fenicios su alfabeto, los persas y los lidios sus artes y su poesía, los cretenses su *Olimpo* y sus leyes, los tracios sus armas, los helenos su marina y su confederación en tribus independientes, los hindos sus misterios y sus alegorías religiosas; de manera que su cielo era una colonia de dioses, así como sus continentes y sus islas eran una colonia de hombres de general origen.

El mar del Archipiélago griego es el lago Lemán del Oriente. Teniendo por contorno esos golfos, esos cayos, esos estrechos que se presentan entre los cabos de esas tierras lengüetadas, baña las costas más desiguales pero más graciosas á la vez, y parece haber sido abierto para aminorar el choque entre los dos continentes en cuyas dos orillas se asentó Bizancio indecisa. Los buques, tan multiplicados como las aves marítimas, navegan sin cesar de una isla á otra, del Africa al Asia y del Asia á Europa, como enjambres de una misma familia que va á visitarse en la primavera á sus diversas rocas.

El clima de aquel país montañoso y marítimo es tan vario como sus terrenos, y tan templado como su latitud. Desde las eternas nieves de la Tesalia hasta el perpetuo verano de los valles de la Lidia y hasta la fresca ventilación de las islas, allí se confunden todos los cambios de temperatura sobre las montañas, en los llanos y en las aguas. Aquel cielo es límpido como en Egipto, la tierra fecunda como en Siria, el mar tan pronto tranquilo y tan pronto tempestuoso como en los trópicos. Los parajes y las escenas de la naturaleza son allí en poca distancia y en un terreno que les aproxima, grandes, reducidos, sublimes, alpestres, marítimos, recogidos ó ilimitados como la imaginación de los hombres. Todo se pinta allí con rasgos imponentes, pintorescos y que fascinan la vista. Tan pronto en himno como en poema, en elegía, en canto, en estrofa voluptuosa, aquella tierra es la tierra que pinta, que habla y que canta cual nadie á todos los sentidos. Los susurrantes escollos del Peloponeso, los terribles cabos del Taurus, los inmensos golfos de la Eubea, los anchos canales del Bósforo, las melancólicas radas del Asia Menor, las verdes ó azuladas islas, desgranadas sobre las ondas como las paletas flotantes de un aucla que

uniese ambas orillas; la isla de Creta con sus cien ciudades; Rhodas, que ha tomado su nombre de la rosa, ó por el contrario se lo ha dado á ésta; Scyros, reina de las Cyclades, Naxos, Hydra, centinela avanzada de la Grecia Continental; la isla de Chipre, suficientemente vasta para dos reinos; Calcis, unida á Europa por su puente sobre el Euripo; Ténedos, llave de los Dardanelos; Lemnos, Mytilena ó Lesbos, que en pequeña escala parece imitar los montes, los valles, las gargantas y los golfos del continente de Asia que mira en frente de sí; Chío, que presenta, á modo de un doble terrado de flores sobre sus dos flancos opuestos, sus olivos á la Europa y sus naranjos al Asia; Samos, que profundiza sus puertos y que eleva sus cimas á la altura del monte Mycale con el cual entrelaza sus pies; innumerables grupos aún de otras islas, cada una de las cuales tenía su pueblo, sus costumbres, sus artes, sus templos, sus dioses, sus fábulas, su historia; su renombre en la familia griega; pero de la cual todos hablaban ya la misma lengua y cantaban los mismos versos: tal era la Grecia en tiempo de esta encarnación de la poesía en la persona de Homero. Esperaba un historiador, un cantor nacional, al poeta de sus dioses, de sus héroes, de sus hazañas, para constituir su ciudad de imaginación y de celebridad en el presente y en el porvenir.

En su himno á *Apolo de Delos*, dios de la inspiración griega, Homero mismo describe por medio de algunos versos estos grupos de islas y de continentes que contienen toda la poesía de la naturaleza.

“Amas, dice al dios, las cimas de las altas montañas, los lugares etéreos desde donde la mirada abarca las mayores distancias; los ríos que corren hacia la mar, los promontorios inclinados hacia las ondas y los anchos puertos.....Sí, desde

que tu madre Latona, apoyándose sobre el monte Cinto, te alimentó á compás del murmullo de las olas azuladas que el impulso sonoro de los vientos lanzaba hácia las dos riberas, venías sobre estos lugares y sobre sus habitantes.

“Sobre los de Creta y sobre los de Atenas.

“Sobre aquellos que pueblan la isla de Egina y la Eubea, célebre por sus vegetales; Egea, Iresia y la marítima Pepaneta, Atos, Samos de Tracia y las cimas del Pelión; las montañas de la Ida; Imbros, con sus edificios esparcidos por su costa; la inaccesible Lemnos; Chío, la más bella de las islas del Archipiélago; el escarpado Minas y los picos del Coriceo; Elaros y Esagea, cuya mirada busca la cima en el cielo; Samos llena de manantiales, y el monte Mycale con sus grandes colinas; Mileto y Cos, la residencia de los Meropes; Gnido, de donde vienen las naranjas; Naxos y Paros, donde blanquece el mar al tropezar con los escollos. Aquella Delos, continúa, donde Latona, con los dolores de parto, rodea la palmera con sus brazos y estrecha entre sus rodillas la blanca yerba; la tierra que la sostiene se sonríe al mismo tiempo. ... Al instante Delos se cubre de oro como la cima de un monte coronado de bosques. En aquella isla se reúnen los jonios (pueblo de Smirna) de flotantes trajes, con sus hijos adorados y sus castas esposas. Al verles reunidos en frente del templo podría tenerse por seres inmortales exentos de vejez. El alma se esparce al contemplar la belleza de los hombres, la majestuosa estatura de las mujeres, sus rápidas embarcaciones, sus maravillosas riquezas.....”

Volviendo después en sí el poeta al fin de esta enumeración, y dirigiéndose á las hijas de Delos, les dice en la última estrofa: “Si alguna vez de entre los mortales llega aquí un viajero desdichado y os dice: Jóvenes, de los cantores que visitan

vuestra isla, ¿quién es el más inspirado y el que escucháis con más gusto? responded todas entonces acordándoos de mí: el hombre ciego que habita en la montañosa Chío; sus cantos le sobrepondrán claramente en lo venidero sobre todos los demás cantos!"

Hé ahí, en algunos versos del mismo Homero, el lugar, el tiempo, los pueblos, las costumbres de la Grecia en la época de su advenimiento.

Tomamos sencillamente el relato de su vida de las tradiciones antiguas y locales que se han transmitido de boca en boca entre los hombres más interesados en recordarle, porque constituía su gloria. Por muy maravillosas que parezcan las tradiciones, son la erudición de los pueblos; nosotros creemos más en ellas que en los sabios que al cabo de siglos tratan de despertaras ó desmentirlas. A falta de libros escritos, la memoria de las naciones es el libro inédito de su raza: lo que el padre ha referido al hijo y éste á los suyos, de edades en edades, jamás carece de fundamento en la realidad. Remontando de generación en generación hasta el origen de esas tradiciones de familia ó de raza, que en su transcurso se aumentan con algunas fábulas, viene á ser como un hombre que se remonta por la corriente de un río desconocido: al fin llega á su origen, que aun cuando sea insignificante, siempre es la fuente de una verdad.

Veamos, pues, lo que han dicho los griegos contemporáneos, posteridad de Homero, sobre el genio más antiguo y más nacional de su raza.

III

En la ciudad de Magnesia, colonia griega del Asia Menor, separada de Smirna por una cordillera de montañas, había un hombre oriundo de Thesalia, llamado Melanopas. Era pobre, como lo son generalmente esos hombres errantes, que se

destierran de su país, donde no les liga ni casa ni campos paternos. Trasadóse, pues, desde Magnesia á otra ciudad nueva y poco distante de ésta, á donde aquel valle, ya harto poblado, lanzaba sus masas de moradores. Esta ciudad se llamaba Cymé. Melanopas se casó allí con una joven griega tan pobre como él, hija de uno de sus compatriotas, llamado Omyrethés. Tuvo una hija única, á quien puso el nombre de Crithéis; no tardó en perder á su esposa, y sintiéndose él mismo á las puertas de la muerte, encargó su hija, niña aún, á uno de sus amigos de Argos, que se llamaba Cleanax.

La belleza de Crithéis fue una desgracia para la huérfana, y una dicha para la Grecia y el mundo. Parece que el más maravilloso de los hombres fue predestinado á no conocer á su padre, como si la Providencia hubiese querido arrojar un misterio sobre su nacimiento, á fin de aumentar el prestigio en derredor de su cuna.

Crithéis inspiró amor á un desconocido y se dejó sorprender ó seducir: puesta de manifiesto su falta á los ojos de la familia de Cleanax, ésta temió quedar deshonrada con la presencia en su hogar de un hijo ilegítimo. Ocultóse, pues, la debilidad de Crithéis, enviándola además á otra colonia griega que se poblaba por aquel tiempo en el fondo del golfo de Hermus, que se llamaba Smirna.

Crithéis, llevando en su seno al que cubría su frente de vergüenza, y que más tarde cubriría su nombre de celebridad, recibió asilo en Smirna en casa de un pariente de Cleanax, natural de Beocia, y trasplantado á la nueva colonia griega, el cual se llamaba Ismenias. Ignórase si este hombre conocía ó no el estado de Crithéis, que pasaba sin duda por viuda ó por casada en Cymé.

De cualquier modo que fuese, acompañando un día la huérfana á las mujeres y las niñas de

Smirna á la orilla del arroyuelo *Melés*, en donde se celebraba á campo raso una fiesta en honor de los dioses, se vio sorprendida por los dolores de parto. Su hijo vino al mundo en medio de una procesión á la gloria de las divinidades, cuyo culto debía él extender, entre el canto de los himnos, bajo un plátano, sobre la yerba y á orillas del arroyo.

Las personas que acompañaban á Crithéis, la condujeron llevando en sus brazos al niño desnudo, á la casa de Ismenias en Smirna. Desde aquel día el ignorado arroyo que serpentea entre los cipreses y los juncos alrededor del arrabal de Smirna, tomó un nombre que le igualó á los ríos. La gloria de un hijo se remonta para ilustrarle, hasta el tallo de yerba donde se acostó al caer del seno de su madre. Refieren las tradiciones y escribieron los antiguos, que Orfeo, el primer poeta griego que cantó en verso himnos á los dioses inmortales, fue hecho pedazos por las mujeres del monte Rhodopo, irritadas de que presentaba dioses más grandes que los suyos; que su cabeza, separada del cuerpo, la arrojaron aquéllas al Hebro, río cuya embocadura está á más de cien leguas de Smirna; que el río arrastró aquella cabeza todavía armoniosa hasta el mar; que las olas, á su vez, la llevaron hasta la embocadura del *Melés*; que se detuvo sobre la yerba, cerca de la pradera en donde Crithéis echó al mundo á su hijo, como para transmitir por sí misma su alma y su inspiración á Homero. Cerca de su tumba, añade, los ruiñeños cantan más melodiosamente que en las demás partes (1).

Ora que Ismenias fuese demasiado pobre para mantener á la madre y el hijo, ora que el nacimien-

(1) M. de Marcellus. Episodios literarios de Oriente, tomo II.

to de aquel hijo natural habiese oscurecido algún tanto la reputación de Crithéis, lo cierto es que la despidió de su hogar. Entonces anduvo buscando de puerta en puerta un asilo y un protector para ella y para su hijo.

Había por aquel tiempo en Smirna un hombre no muy rico, pero de buen corazón, como lo son generalmente los hombres desprendidos de las cosas percederas por el estudio de las cosas eternas: este hombre, que se llamaba Femio, tenía escuela de canto. Llamábase entonces canto todo lo que habla, todo lo que explica, todo lo que se presenta á la imaginación, al alma, á los sentidos, como la gramática, la lectura, la escritura, las letras, la elocuencia, la poesía, la música; porque lo que los antiguos entendían por música, se aplicaba tanto al alma como á los oídos. Los versos se cantaban y no se recitaban; aquella música no era otra cosa que el arte de arreglar los versos al acento y el acento á los versos. Hé aquí por qué á la escuela de Femio se llamaba escuela de música; música del alma y del oído, que se apoderaba del hombre todo entero.

En recompensa de los cuidados que prodigaba á aquella juventud, Femio tenía por único estipendio, la retribución, no metálica sino natural, que los padres le daban como precio de la enseñanza que recibían sus hijos. Las montañas que rodean el golfo de Hermus, en cuyo fondo se alza Smirna, eran entonces, lo mismo que ahora, un país pastoral, abundante en ganados; allí es donde las mujeres hilan las lanas con que se fabrican los tapices, industria hereditaria de la Jonia. Cada uno de los niños, al ir á la escuela de Femio, le llevaba bien un vellón entero, ó bien un pedazo, de los rebaños de su padre. Femio los hacía hilar por sus criadas, los teñía y los cambiaba después por las cosas necesarias para la vida del hombre.

Crithéis, que había oído hablar de lo bondadoso que era con los niños aquel maestro de escuela, pensando sin duda confiarle el suyo cuando estuviera en edad de ello, condujo á su hijo por la mano hasta el umbral de la casa de Femio. Conmovieron á éste la belleza y las lágrimas de la joven, la edad y el abandono del niño, por lo que recibió á Crithéis en su casa en calidad de sirvienta, empleando desde luego á la joven magnesiana en hilar las lanas que recibía como precio de sus lecciones. Halló á Crithéis tan modesta, tan laboriosa y tan hábil como hermosa era; cobró afecto al niño, cuya precoz inteligencia hacía presagiar cierta gloria para la casa á donde le habían conducido los dioses, y propuso á Crithéis casarse con ella á fin de dar de este modo un padre á su hijo. La hospitalidad, el amor de Femio y el interés del niño, influyeron á la vez en el corazón de la joven; se casó, pues, con el maestro de escuela, y fue señora de la casa á cuya puerta había llegado á suplicarle algunos años atrás.

Femio cobró cada vez más afecto al niño *Malésigenés*. Este nombre que se daba familiarmente á Homero, significa *hijo de Melés*, en memoria de las orillas del arroyo en donde nació. Su padre adoptivo le amaba por su madre y por él: instructor y padre á la vez de aquel niño, le prodigaba todas las ternezas de su corazón y todos los secretos de su arte. Homero, cuya alma recibía las lecciones de Femio por su ternura, y á quien la naturaleza había dotado de una inteligencia que lo comprendía todo, y de una memoria que todo lo reproducía, recompensaba los desvelos del anciano, y halagaba el orgullo de Crithéis. Juzgábasele capaz dentro de poco, á pesar de sus cortos años, de dirigir él mismo la escuela, y de suceder algún día en ella á Femio. Los dioses le destinaban, sin saberlo él, menos dicha y otra gloria distinta: la ense-

ñanza del mundo y la herencia de una gloria inmortal. El niño adoraba á su padre en su maestro; y para eternizar su reconocimiento, dio, más tarde, el nombre de Femio á un canto divino de sus poemas.

IV

Femio murió, dejando al niño por heredero de su modesto pasar y de su escuela. Crithéis, privada del apoyo que había encontrado en la ternura de aquel hombre hospitalario que le había abierto hasta su corazón, se entristeció de tal modo que siguió al anciano á la tumba. Homero se quedó solo, apenas adolescente, en aquella casa en donde todo lo había recibido y perdido todo. Su juicio suplió en él la falta de años; continuó con la escuela de Femio, cuya fama se aumentó cada día más, según Femio mismo se lo predijo al morir. El futuro cantor de la *Ilíada* y de la *Odisea*, enseñando la música á los niños, él propio, casi niño como ellos, hablando y cantando en una lengua inspirada por los dioses, pareció á los habitantes de Smirna un oráculo que justificaba el prodigio de su nacimiento divino al lado de su río Melés. Los hombres maduros, las madres de familia y hasta los ancianos mismos, iban á admirarse y á enternecerse con sus lecciones. Los mercaderes de trigo y de lana, los extranjeros á quienes el comercio ó la curiosidad atraían de todas las islas de la Grecia ó de todas las ciudades marítimas de la Jonia, oían hablar de aquel fenómeno, á bordo de sus buques y en la frecuentada rada de Smirna. Después de tener hecho su cargamento no querían hacerse á la vela sin haber oído una de sus lecciones, y de este modo llevaban á su país el renombre del joven maestro de escuela.

V

Uno de aquellos extranjeros, llamado Mentés, al propio tiempo dueño y piloto de su buque, ha-

bía ido á buscar trigo para trasportarlo á Léucades, en la montañosa isla de Lesbos. Enamorado de aquellos cantos divinos más que otro alguno de los navegantes que se hallaban á la sazón en la rada, no buscaba sólo la fortuna en las tierras que recorría sino también la sabiduría y la ciencia. Asombrado del genio y la superioridad de Homero sobre todos los hombres que había escuchado en las cátedras y en los templos de la Grecia y de la Jonia, trabó amistad con el joven Melesigenés; le describió las tierras, las islas, los mares, los cultos, las ciudades, los puertos de las diferentes playas á donde su comercio le conducía; le convenció de que el libro vivo é infinito de la naturaleza era la verdadera escuela de toda verdad, de toda poesía, de toda ciencia; inflamó, en fin, la imaginación del joven con el deseo de leer con sus propios ojos en aquel libro de los dioses. Homero, á quien faltaban las imágenes y los colores para hacer sensibles las inagotables concepciones de su mente, renunció con generosidad á la fortuna y á la fama doméstica que le sonreían en su patria, para ir á enriquecer su imaginación, alimentar su alma y recoger impresiones ó imágenes en toda la tierra. Cerró su escuela; vendió la casa y las lanas de Femio; y tomando por habitación el buque de Mentés, le pagó el precio de aquel hogar errante para muchos años.

VI

En compañía de su amigo y piloto Mentés, Homero navegó durante un tiempo indeterminado. Viajero, traficante, marinero, cantor, unas veces y otras todo á la vez, visitó el Egipto, manantial entonces de toda luz, y patria originaria de todos los dioses del paganismo; la España, la Italia, las orillas del Mar Adriático, las del Peloponeso, las islas, los escollos, los continentes; conversando con todos los pueblos, to-

mando lecciones de todos los sabios, y recogiendo, de apuntes perdidos, las descripciones, los recuerdos, las historias, los símbolos con los cuales construyó más tarde sus poemas. Volvía pobre de bienes y rico de impresiones, para descansar en fin en su patria, y para proporcionarse en ella una existencia mercenaria, cuando un repentino mal de ojos, ocasionado por el sol, por las contemplaciones y los estudios, le detuvo en la isla de *Itaca*, á donde *Mentés* abordó para ejercer su tráfico.

Precisado *Mentés* á llevar el cargamento de su barco á *Lesbos*, confió á *Homero* enfermo, á un habitante de *Itaca*, rico, compasivo y amigo de los poetas, llamado *Mentor*, hijo de *Alcinoo*. *Mentor* prodigó al cantor divino todos los consuelos de la medicina y todas las ternuras de la hospitalidad. *Homero*, que pagaba con gloria las deudas de su corazón, inmortalizó en breve á *Mentor* y *Alcinoo*, haciendo del primero el oráculo de toda sabiduría, y del segundo el modelo de la felicidad del hombre campestre, adquirida después de una vida agitada, en el cultivo de sus jardines. Hizo de *Itaca* la escena de su poema la *Odisea*: allí encontró las tradiciones de su héroe *Ulises*, grabólas en sus recuerdos, é hizo así tan célebre aquella isla insignificante.

La tranquilidad en la morada de *Alcinoo*, los cuidados de *Mentor*, los bálsamos de los médicos itálicos, cuyo nombre dio á esos hombres divinos que curan las heridas de los mortales, le devolvieron la vida y la salud.

Mentés, fiel á su promesa, atravesó el mar *Egeo* para ir á buscarle á *Itaca*. *Homero* siguió aún navegando con él durante algunos años, hasta que atacado por segunda vez de la ceguera en el puerto de *Colofón*, *Mentés* le dejó allí para que se curara, lo mismo que lo había hecho en *Itaca*. Pero ni la permanencia en tierra, ni la medicina

pudieron prevalecer contra la voluntad de los dioses: cegó, y el cuadro de la naturaleza que tanto había contemplado, desapareció completamente ante sus ojos. Pero aquel cuadro se presentó entonces á su imaginación con colores más vivos, más animados y más en relieve; lo que ya no veía exteriormente se le reflejaba de nuevo en lo interior: la memoria se lo representaba todo. El sentimiento mismo de aquella luz del día, de aquella presencia de los mares y de las tierras, de los hombres y de las cosas, dio cierta penetración y melancolía á aquel recuerdo del mundo desaparecido. Concentró su visión en sí mismo y pintó mejor todo cuanto le entristecía el no poder contemplar.

VII

La primera imagen que se le presentó al corazón después de haber perdido toda esperanza de cura, fue la de la patria. El pájaro trata de caer sobre el nido donde vio la luz del día; así fue que se hizo en seguida trasladar á Smirna, á la casa de Femio, cerca de la tumba de Crithéis, su madre. Allí volvió á abrir una escuela; pero su larga ausencia había hecho olvidar su nombre y su arte á sus conciudadanos; otros habían ocupado su puesto. Su ceguera, por otra parte, parecía significar la cólera de los dioses, y no creían que un hombre privado del más necesario de los sentidos pudiese enseñar la más sublime de las artes. Su voz no halló eco, su escuela permaneció desierta, sus amigos no le reconocieron. La indigencia le obligó á cantar de puerta en puerta versos populares, para arrancar á la indiferencia de sus compatriotas el pan necesario á su subsistencia y á la del niño que guiaba sus pasos. Siempre noble y majestuoso en sus expresiones y actitud, en la humillante condición de pobre ciego, se asemejaba á un dios de sus fábulas, acordándose de su superioridad divina al pedir una limosna á los mortales. Ulises en

la Odisea, bajo los harapos de un mendigo, es un recuerdo de aquel período de vida inmortalizada por el poeta.

Más ora fuese que sus conciudadanos se hiciesen los sordos á sus cantos, ora que la vergüenza que arroja á los hombres decaídos de las ciudades testigos de su dicha, hiciese la permanencia en Smirna, más cruel que el hambre para el corazón de Homero, lo cierto es que abandonó este pueblo á fin de buscar de ciudad en ciudad oyentes más compasivos. Atravesó á pie el llano del Sarabat para ir primero á Címea, patria de su madre y de su abuelo, en donde sin duda esperaba hallar algunos recuerdos de ellos en los ancianos amigos de sus parientes. El cansancio le detuvo al principio en Neotichos, pequeña ciudad naciente, colina de Címea, edificada al pie del monte Seden y á orillas del Sarabat. Siguiendo la costumbre de los mendigos, que traban conversaciones con los pobres artesanos más bien que con los ricos, porque los unos trabajan al aire libre, mientras los otros viven en sus casas ó en sus jardines, Homero entró en el obrador de un curtidor que trabajaba sus cueros é improvisó sus primeros versos al hijo de Címea.

"¡Oh vosotros, que habitáis la ciudad extendida sobre la colina, al pie del monte Seden coronado de sombrías selvas, y que bebéis las frescas y espumosas aguas del Sarabat, compadece al hombre errante que carece de morada propia, y prestadle un asilo y un hogar hospitalarios!" El curtidor, movido á compasión y sensible al acento de aquella súplica cantada en verso á su puerta, hizo entrar á Homero, le ofreció un asiento en su obrador y un asilo en su casa. La maravilla de aquel mendigo que hablaba la lengua de los dioses, circuló de boca en boca por la ciudad, la multitud se agrupó á la puerta del curtidor, los principales del

pueblo entraron en la tienda, y sentándose alrededor del ciego se complacieron en preguntarle y en hacerle recitar sus versos. Empezó por un poema heroico sobre la ciudad de Tebas, tan querida de los griegos, al que siguieron después varios himnos á los dioses inmortales, que inspiraron á sus oyentes patriotismo y piedad. La patria y el cielo son las dos notas que resuenan más universalmente en el alma de los hombres reunidos. Tomáronle por un mendigo divino que ocultaba al dios bajo las apariencias de la humanidad. La conversación fue prolongándose y recayó luego entre Homero y los sabios de la ciudad, sobre las más bellas poesías que Orfeo y sus discípulos habían esparcido en la memoria del pueblo. Formó su juicio acerca de ellos y les alabó como hombre capaz de igualarlos. Reveló el artista soberano en una inspiración sublime. El auditorio le suplicó honrase su ciudad con una larga permanencia; envidiaron al curtidor la gloria de haber sido el primer huésped de aquel desconocido, y le enviaron presentes para tener su parte y su gloria en la hospitalidad que el curtidor de pieles daba al cantor de los dioses.

VIII

Durante cierto tiempo vivió en Neotichos con los productos de su musa. En tiempo de Herodoto se enseñaba aún el sitio donde se sentaba para recitar sus versos, y el antiguo álamo cuyas primeras hojas cayeron sobre su frente.

Así que hubo agotado el asombro y la admiración de los habitantes, temió que les importunase una hospitalidad más prolongada y partió tan pobre como había llegado, no debiéndoles otra cosa que el sustento que le procuraron en aquel tiempo. Dirigió sus pasos hacia Cimea, y en el camino compuso algunos versos en honor de los cimeos, para

merecer de ellos una buena acogida. Al pasar por Larisa, y á petición de los ciudadanos, les dictó una inscripción en verso para colocar en una columna levantada á la memoria de un rey que amaban mucho; aun subsisten estos versos. Se nombró al llegar á la puerta de Címea, se hizo reconocer como un descendiente de los cimeos, é introducido ante la Asamblea de los ancianos, les encantó con sus poemas. Encantado él mismo de hallar hombres tan amantes de la lira, se comprometió á permanecer entre ellos y á procurar la inmortalidad á su patria, si la ciudad quería sólo asegurarle un abrigo y la subsistencia. Los ancianos le hicieron que se presentase ante el Senado para ratificar aquel contrato entre sus conciudadanos y él. Acompañóle un gran séquito de admiradores, y allí de pie, en presencia de los senadores renovó su petición, y se retiró, después de haber cantado, para esperar la decisión de los grandes. Todos se hallaban inclinados á sustentar á Homero por el precio de gloria que prometía á la ciudad; pero uno de esos hombres descontentadizos que se creen más sabios que la muchedumbre, porque carecen de su entusiasmo y de su corazón, se levantó presentando que si la ciudad se comprometía de aquel modo á acoger y alimentar á todos los cantores ciegos que vagaban por la Jonia, arruinaría el tesoro público. El Senado entonces, no queriendo aparecer menos prudente y menos económico del dinero del pueblo que aquel senador, varió de opinión y negó la hospitalidad á Homero. El jefe del senado fue el encargado de anunciar aquella dura contestación al poeta: sentóse sobre una piedra á su lado, y trató de dulcificar aquella negativa con consideraciones de prudencia y de interés público que era lo que había decidido el voto del Senado. Homero, entristecido é indignado de la dureza de sus conciudadanos, prorumpió en lamentos y en

quejas delante de la multitud enternecida que le rodeaba:

“¿A qué suerte tan miserable, exclamaba cantando y llorando al mismo tiempo, me han abandonado los dioses? Arrullado sobre el regazo de una tierna madre, su seno me ha alimentado en esta ciudad, cuyas playas bañan las olas del mar, y cuyos jardines baña el en otro tiempo sagrado Melés; perseguido por el infortunio y con los ojos privados de la luz del día, venía aquí, á la patria de mi madre, trayendo conmigo las Musas, hijas amadas de Júpiter, para asegurar á Cimea un eterno renombre... ¡y sus habitantes se niegan á escuchar sus acentos divinos! ¡Que sean desheredados de todo recuerdo, y que sufran las penas debidas á los que insultan á la desgracia y cierran la puerta al indigente! Yo, no obstante, sabré soportar animoso, añadió, cualquiera que sea, el destino que los dioses me han concedido al imponerme la pesada carga de la vida! ya mis pies impacientes me arrastran por sí mismos lejos de esta ciudad ingrata”. Y partió, pidiendo á los dioses que jamás Cimea produjera cantores capaces de legar á la posteridad el renombre de la patria.

IX

Llegó con mil trabajos hasta Focea, otra colonia que fue un día la cuna de Marsella. El golfo, rodeado de rocas y sombreado por los plátanos, se asemeja á un puerto formado por la naturaleza para atraer á sus orillas un pueblo de navegantes. Florecía en Focea la poesía más que en ninguna otra parte, porque el mar inspira los sueños y el canto: de éste había allí una escuela célebre en la ciudad, dirigida por un hombre elocuente pero envidioso y astuto, que conocía el genio de Homero por los relatos de los mercaderes de Smirna, vecina de Focea. Este hombre, que se llamaba Testhorides, al saber la llegada del pobre

ciego fingió sentirse conmovido por una generosa piedad. Fue á verle y á brindarle con su albergue y mesa, con la condición de que Homero le trascribiera los poemas que había cantado en sus viajes, y cuantos las musas le inspirasen en lo sucesivo. Homero, obligado por la miseria y la ceguera, consintió en aquellas duras exigencias de Testhorides, y vendió su genio para ganar su sustento.

Entonces fue cuando escribió el más completo de sus poemas, la *Iliada*, obra nacional y religiosa á la vez, en la que se hallan cantadas las costumbres de los griegos, las hazañas de sus héroes y las fábulas de sus dioses, en versos á que jamás pudieron llegar los de ninguna otra lengua.

Testhorides, entretanto, habiendo enriquecido su memoria con un gran número de versos comprados á su huésped, y temiendo que el engaño se descubriese fácilmente si los recitaba en Focea como suyos, fue á establecer una escuela en la isla de Chío, en donde se enriqueció cantando y vendiendo los despojos de Homero, mientras que el verdadero autor languidecía y mendigaba en Focea. Pero aun no era nada el ser despojado de su gloria, y fue además acusado de arrebatarse la de Testhorides. Algunos marineros que llegaban de Chío, en donde habían escuchado al rapsodista, al oír recitar á Homero los mismos versos en el puerto de Focea, declaraban que aquellos cantos eran de un poeta de Chío. Ante aquel último golpe de la suerte, Homero, sufrido hasta entonces, se indignó contra aquella mofa de los dioses y quiso ir á confundir á su calumniador á Chío. Suplicó, pues, á los marineros que salían para esta isla le admitiesen en su barco, prometiendo pagarles el precio de su pasaje en poemas, de los cuales eran amantes los griegos hasta de las clases más humildes; y aquellos compasivos marineros le admitieron á bordo como una prenda de la protección de

los dioses. Después de cantarles durante todo el día, le desembarcaron por la noche en un escollo de la isla, al cual ellos mismos no se atrevieron á bajar. Homero se quedó dormido cerca de la orilla debajo de un pino, del cual se desprendió una piña sacudida por el viento y fue á caer sobre su cabeza. Aquel árbol le trajo á la memoria los bosques de Címea, su patria, y la ingratitude de la ciudad á cuya sombra fuera en vano á buscar un abrigo. Entonces el poeta expresó un amargo recuerdo en versos dirigidos á aquel pino. Levantándose al fin trató de buscar á tientas el camino de la ciudad; los balidos de un rebaño le atrajeron hacia el ruido, haciéndole esperar la inmediación de algún pastor; los perros del ganado le acometen ladrando; pero el pastor, llamado Glauco, les llama y acude al viajero para libertarle del furor de los perros. Compadecido en extremo, no podía comprender cómo un hombre privado de la vista hubiera podido subir solo aquella escarpada costa: tomó en seguida á Homero por la mano, le condujo á su choza, encendió fuego, preparó su frugal comida, é hizo sentarse á su lado al poeta, mientras que los perros pedían ya con sus ladridos la parte de comida que debía corresponderles.

Homero improvisó en verso varios consejos á los pastores sobre el modo de disciplinar á aquellos vigilantes guardas del rebaño. Más tarde, recordando esta aventura, se pintó á sí propio en la *Odisea*, bajo la forma de Ulises amenazado y luego reconocido por su perro. La imaginación se compone sólo de los despojos de la memoria.

Después de la comida, Homero habló al pastor de los lugares, de las cosas y de los hombres que había visto en sus largos viajes, y le cantó los pasajes más bellos de sus poemas que pintan la vida pastoril ó la de los marineros. El pastor, fascinado por la ciencia, el saber y la poesía de su

huésped, olvidaba las horas del reposo; pero al fin se quedaron dormidos sobre las mismas hojas.

X

Antes de rayar el alba, el pastor, dejando á Homero dormido en su cabaña, fue á la ciudad inmediata á contar á su amo el encuentro que había tenido de aquel divino anciano, y la hospitalidad que le había prodigado. El amo le reconvinó por haberse fiado así de las palabras de un desconocido, y mandó sin embargo á Glauco que condujera á su huésped á Dolis para poder juzgar por sí mismo de las maravillas de aquel extranjero. Homero siguió al pastor y dejó tan encantado con su conversación y sus versos al amo, que le confió en seguida la educación de los hijos de la casa. Al rumor de su llegada á la isla de Chío, Testhorides, temblando de verse desmentido y confundido por la presencia de aquel á quien había usurpado la gloria, huyó de la isla y fue á ocultar á otra parte su vergüenza y su nombre.

Después de haber educado los hijos del amo de Glauco en Bolis, Homero, cada día más célebre, trató de fundar una escuela pública en la ciudad marítima de Chío, capital de la isla, y encontró en aquella tierra extraña todo el favor popular que no pudo hallar en Smirna, su patria. La juventud de la isla acudía en tropel á sus lecciones, y de este modo, con las dádivas de los padres y las madres, llegó á hacerse bastante rico para procurarse á sí propio las dulzuras de una familia. Luego se casó con una hija de la isla que prefirió en él la luz del genio á la luz de los ojos. Puede juzgarse del amor que profesara á su mujer al ver las deliciosas descripciones de ternura conyugal con que amenizó siempre sus escritos. Tuvo dos hijas, fruto de aquel tardío amor; una murió niña y la otra se casó en Chío, perpetuando su raza en aquella isla, que fue la patria de su vejez.

En medio del bienestar que se había procurado en Chío, como esposo y como padre, compuso la *Odisea*, poema de su vejez, resumen de sus viajes, de sus infortunios y de su dicha, en el cual hace revivir, obrar y hablar, bajo nombres queridos, á su memoria, á él propio y á todos los personajes que renacían en su corazón por sus buenas acciones: "*Femio*, su amado maestro y segundo padre, á quien coloca sobre todos los mortales en el arte de los cantos, y el cual, pulsando la lira, preludia á sus melodiosas narraciones."

Mentés, su amigo y su piloto en los mares, de quien dice: "Me glorío con el nombre de *Mentés*, hijo del generoso *Anchiales*; mandó á los tafios, consumados en el arte de gobernar los buques que surcan las ondas."

Penélope, bajo cuyo nombre celebra "la belleza y la fidelidad de una casta esposa, á quien no pueden desviar de su amor, de su religión, del lecho conyugal, ni las seducciones, ni el oro de los jóvenes pretendientes, ni los rumores esparcidos sobre la muerte de *Ulises*, ni las ausencias, ni las adversidades, ni los harapos, en fin, de su marido."

Tichio, el curtidor que le concedió primero la hospitalidad en *Neotichos*, y cuyo nombre eterniza incidentalmente en el escudo de *Ajax*: "*Ajax* lleva un escudo de bronce, parecido al flanco redondeado de una torre; siete pieles de buey, unas sobre otras, cubren el escudo, las cuales salieron de las manos de *Tichio*, el más hábil de los hijos de *Neotichos* en el arte de curtir, de cortar y de coser la piel."

No olvidó ni aun á sus esclavos, y el fiel anciano *Eumeo* es sin duda el recuerdo poetizado de uno de aquellos viejos servidores que la adhesión y los años incorporan en la familia, y cuyas prosperidades y decadencia siguen, como la sombra del árbol

doméstico crece y se retira en los umbrales con las primaveras ó los inviernos.

El rumor de su fama tardó en extenderse, pero fue inmenso y sus versos pasaron de isla en isla y de puerto en puerto en la Jonia y en toda la Grecia. Cada barco que salía de Chío llevaba algún trozo de sus poemas en la mente de los marineros ó de los guerreros; cada embarcación que llegaba á la isla, donde había fijado su residencia, le conducía nuevos admiradores y discípulos. Envejecía en la gloria más bien que por los años. Historiador de la Grecia así como su poeta, cada ciudad, colonia y familia del continente ó de las islas le suplicaba eternizase su nombre, sus hazañas ó sus fábulas. Como Minos, era juez de vivos y muertos, tenía las llaves del porvenir; se le consideraba como el gran sacerdote de la posteridad. Jamás la poesía ejerció tan gran dominio sobre la tierra antes de los profetas. El genio se había hecho más que rey, se hizo dios, el dios de la inmortalidad humana.

XI

Todos los países de la Grecia querían conservar las huellas que dejaba en su marcha aquel ciego, á quien algunos años antes habían negado amparo. Los ciudadanos y los enviados de las ciudades iban en diputación á buscarle á bordo de su embarcación y á suplicarle que visitase la Grecia, donde no se hablaba más que de él.

Cedió al fin en sus últimos años á aquellas instancias de su patria. Había perdido sin duda la compañera de su vida, que le hubiera en otro caso retenido en el hogar donde pasara sus felices días, del cual un anciano no debe separarse por temor de extraviar su tumba. Partió para visitar la última vez toda la Grecia, patria de sus versos y de su nombre.

Navegó primero hacia la montuosa isla de Samos, en donde le desembarcó el día en que se celebraba una fiesta en honor de los dioses. Reconocido así que saltó á la playa por una habitante de la isla que le había escuchado en Chío, se esparció inmediatamente por la ciudad el rumor de su llegada, y acudieron los samianos á suplicarle que honrase la ceremonia con su presencia. Dirigióse al templo con la comitiva; apenas pisó los umbrales, cuando acababan de encender el fuego sagrado, cantó en versos inspirados por el resplandor del fuego doméstico: “¡Oh samianos! los hijos son la gloria de los padres, las torres constituyen la fuerza de las ciudades, los corceles adornan las praderas donde retozan pastando, las naves son el encanto de los mares, las riquezas la prosperidad de las casas; los jefes y los ancianos, sentados sobre sus tronos en la plaza pública, son uno de los más majestuosos espectáculos que puedan contemplar los ojos de los hombres; pero nada hay de más augusto y piadoso sobre la tierra que la mansión de una familia iluminada por el fuego doméstico.”

Los samianos, satisfechos del honor que aquel huésped dispensaba á su isla, le dieron el puesto preferente en el festín y le condujeron en pompa á la casa donde tenía preparado su alojamiento.

Paseando al día siguiente por la isla, cuyos parajes y ciudades se hacía describir, para reconocer con la imaginación lo que en otro tiempo viera con los ojos, pasó cerca de un horno encendido en el que algunos alfareros trabajaban y cocían el barro. También allí fue reconocido y cercado por aquellos trabajadores, que le suplicaron se detuviese un momento en su obrador y les cantase algunos versos que inmortalizasen su arte, ofreciéndole en pago de su condescendencia las mejores obras salidas de sus manos. Homero se sonrió, sentóse sobre una ánfora boca abajo, y les cantó

estos versos, célebres después en los obradores de los alfareros, con el título de *La Hornaza*:

“Oh vosotros, que petrificáis el barro y me ofrecéis una jarra como salario de mis versos, escuchad uno de mis cantos!

“Yo te invoco, oh Minerva, diosa de la industria. ¡Dígnate descender entre estos hombres y prestar tu hábil mano á su trabajo! ¡Que los jarrones que salgan de esta hornaza, y sobre todo, los destinados á los altares de los dioses, tomen un color perfecto bajo la influencia del vapor inflamado de los ladrillos! ¡Que se endurezcan gradualmente á un fuego ni mayor ni menor que el que necesiten, y que se vendan buscados por su elegancia y solidez, en las calles y en los mercados de la Grecia, para que su producto proporcione el bienestar al trabajador y no desmienta el elogio del poeta! Pero si queréis engañarme á mí, pobre ciego, y no darme las jarras ofrecidas, invoco contra vuestro horno el azote de los dioses.....Que el fuego devore vuestra alfarería, que el horno produzca un ruido semejante al relincho de los caballos furiosos!.....¡Que el alfarero lamentándose contemple su ruina con los ojos bañados de lágrimas.....y que nadie pueda inclinarse para ver el horno sin que le desfigure completamente el rostro la reverberación de la llama que consumirá vuestras obras!.....”

Permaneció en Samos todo el invierno. Aun cuando la necesidad no le obligó ya á vender sus cantos por un pedazo de pan, continuó cantando de tiempo en tiempo por reconocimiento hacia los hospitalarios habitantes de la isla, versos arreglados á las fortunas ó condiciones de las casas que visitaba. Un niño le guiaba por las calles de la ciudad ó por las sendas del campo. La memoria de los samianos ha conservado de padres á hijos algunas de aquellas bendiciones poéticas del ciego de

Chío, como medallas que se encuentran de vez en cuando en una parte ú otra, entre la arena de aquellas playas.

Como recuerdo de su antigua mendicidad, Homero, á imitación de los mendigos antiguos, llevaba en la mano una rama de árbol adornada de hojas. "Hémos aquí llegados, cantaba á su tierno guía, cerca del vasto edificio que habita un opulento ciudadano, edificio en el cual á todas horas se oye la algazara de los clientes y servidores. ¡Que se abran sus puertas para dar paso á la fortuna y con ellas á la serenidad y al descanso! ¡Que ninguna ánfora esté jamás vacía en esta dichosa morada, y que el arcón esté siempre lleno de una harina exquisita! Que cuantas veces salga la joven esposa del hijo de la casa, sea conducida en un carro, y que las mulas de cascotes duros la vuelvan á conducir á su mansión, en la que con los pies descansando sobre un taburete incrustado de ámbar, se ocupe en ricos labores de aguja. En cuanto á mí, volveré á este tugurio, sólo como vuelven las golondrinas, una vez al año....."

Los niños de Samos cantaron durante largo tiempo de puerta en puerta estos versos, á pedir limosna en las fiestas religiosas consagradas á la beneficencia y á la mendicidad.

XII

A la vuelta de la primavera, de los vientos cálidos y de las calmas, volvió á emprender su navegación hacia el golfo de Atenas. Los marineros de la nave que le conducía se vieron precisados á detenerse por una tempestad en la pequeña isla de Ios, y entonces comenzó Homero á sentir que la vida se retiraba de él. Hízose transportar á la playa de la isla para morir más tranquilamente, acostado al sol sobre la arena, y sus compañeros le improvisaron un lecho cerca del mar. Los habi-

tantes ricos de la ciudad, algo lejana de la playa, informados de la presencia y de la enfermedad del poeta, bajaron de la colina para ofrecerle su morada y llevarle consuelos, dones y ofrendas. Los pastores, los pescadores y los marinos de la costa acudieron á pedirle oráculos, como á un eco de los dioses sobre la tierra. Prosiguió hablando entretanto en el lenguaje divino con los hombres entendidos, y conversó hasta sus últimos momentos con los hombres sencillos cuyas costumbres, miserias y penas tantas veces había descrito en sus poemas. Su alma había pasado toda entera á la memoria de aquellos con sus cantos; al entregarla á los dioses no la arrebatava á la tierra, porque había llegado á ser el alma de toda la Grecia é iba á ser en breve la de toda la antigüedad.

Después que expiró en aquella playa, á orilla de las olas, como un náufrago de la vida, el niño que guiaba sus pasos, sus compañeros, los habitantes de la ciudad y los pescadores de la costa le abrieron una tumba en la arena en el mismo sitio donde él quiso morir; rodaron hasta allí una roca y en ella esculpieron estas palabras: "Esta playa encierra la cabeza sagrada del divino Homero". Los guarda para siempre las cenizas de aquel á quien concedió la hospitalidad. La tumba de Homero consagra aquella isla oscura hasta entonces, más que lo hubiera hecho su cuna que aun se disputan siete ciudades. La tradición de la playa en que fue sepultado el anciano ciego, se perdió dichosamente en el trascurso de los tiempos y en las vicisitudes de la isla. Ninguna rivalidad de funerales, de monumento ó de efímera y vana piedad turba su sueño postrero. Su sepultura fueron todos sus recuerdos, su monumento sus propios versos. Enséñase sólo en la isla de Chío, cerca de la ciudad, un banco de piedra semejante á un circo, al que da sombra un plátano que por medio de

sus tallos se ha ido renovando desde hace tres mil años, el cual banco se llama la escuela de Homero. Allí es, dicen, donde el ciego se hacía conducir por sus hijas y donde enseñaba y cantaba sus poemas. Desde aquel sitio se divisan los dos mares, los cabos de la Jonia, las nevadas cumbres del Olimpo, las doradas playas de las islas, aferrar las velas de las naves al entrar en sus radas ó desplegarse al salir de los puertos. Sus hijas veían por él aquellos espectáculos, cuya magnificencia y variedad hubieran distraído sus inspiraciones. La naturaleza cruel y consoladora parecía haber querido reconcentrar toda su alma en aquellos espectáculos interiores, poniendo aquel velo delante de sus ojos. Desde entonces, según dicen en las islas del Archipiélago, fue cuando atribuyeron los hombres á la ceguera el dón de inspirar el canto, y los pastores desapiadados sacaron los ojos á los ruiñesores para añadir al instinto la melodía en el alma y en la voz de este infeliz pájaro.

XIII

Tal es la vida de Homero; sencilla como la naturaleza, triste como la vida: consiste únicamente en sufrir y en cantar. Este es en general el destino de los poetas, porque las fibras á quienes no se da tormento despiden escasos sonidos. La poesía es un grito que no puede lanzar bien resonante el que no ha sido herido en el corazón. Job no clamó á Dios sino desde su muladar y en medio de sus angustias. En nuestros tiempos así como en la antigüedad, es necesario que los hombres que se hallan dotados de este don elijan entre su ingenio y su dicha, entre la vida y la inmortalidad.

Ahora bien, ¿merece la poesía este sacrificio? ¿Cuál fue la influencia de Homero sobre la civilización, y en qué merece el nombre de civilizador?

Para contestar esta pregunta basta leer.

Suponed que, en la infancia ó en la adolescencia del mundo, existiera un hombre semi-salvaje, dotado sólo de esos instintos elementales, toscos, que constituyen el fondo de nuestra naturaleza bruta, antes que la sociedad, la religión, las artes, hubiesen formado, vivificado, espiritualizado, santificado el corazón humano; suponed que á un hombre semejante, aislado en medio de los bosques y entregado á sus apetitos sensuales, le enseñara un espíritu celeste á leer los caracteres grabados en el papiro, y que desapareciese en seguida dejando únicamente entre las manos las poesías de Homero. El hombre salvaje lee, y un mundo nuevo se presenta en cada página ante sus ojos. Siente nacer en él un millón de ideas, de imágenes y de pensamientos que no conocía; de material que era un momento antes de haber abierto aquel libro, se convierte en un ser intelectual, y de allí á poco en un ser moral. Homero le revela desde luego un mundo superior, un juicio de nuestras acciones después de la vida, una justicia soberana, una expiación, una recompensa según nuestras virtudes ó nuestros crímenes, cielos é infiernos; todo esto, modificado sin duda con fábulas ó alegorías, pero todo visible y transparente bajo los símbolos, como la forma bajo el vestido que la revela ocultándola. Le enseña después la gloria, esa pasión del aprecio nuestro y del aprecio eterno, otorgado á los hombres como el instinto más inmediato de la virtud. Le hace conocer el patriotismo en las hazañas de esos héroes que abandonan el reino paterno, que se separan de los brazos de sus madres y de sus esposas para ir á sacrificar su sangre en expediciones nacionales, como la guerra de Troya, para ennoblecer á su patria común; le manifiesta las calamidades de aquellas guerras en los asaltos é incendios de Troya; le representa la amistad en Aquiles y Patroclo, la sabiduría en Mentor, la fi-

delidad conyugal en Andrómaca, la piedad hacia la vejez en el anciano Príamo, á quien Aquiles, bañado en llanto, devuelve el cuerpo de su hijo Héctor; el horror hacia los ultrajes que se hacen á los muertos en el cadáver del mismo Héctor, arrastrado siete veces alrededor de las murallas de su patria; la compasión en Astianax, su hijo, esclavizado por los griegos desde el seno de su madre; la venganza de los dioses en la muerte prematura de Aquiles; las consecuencias de la infidelidad en Elena; el desprecio de la traición al hogar doméstico en Menelao; la santidad de las leyes, la utilidad de los oficios, la invención y la belleza de las artes; por doquiera, en fin, la interpretación de las imágenes de la naturaleza encerrando todas un sentido moral, revelado en cada uno de sus fenómenos sobre la tierra, en el mar, en el cielo; especie de alfabeto entre Dios y el hombre, tan perfecto y tan bien deletreado en los versos de Homero, que el mundo moral y el mundo material, reflejados uno en otro como el firmamento en el agua, parece que son un solo pensamiento y que no hablan sino un solo y único lenguaje en la inteligencia del ciego divino. Y este lenguaje es cadencioso además por un ritmo de medida tal, é impregnado de tal armonía de palabras, que cada pensamiento penetra en el alma por el oído, no sólo como una inteligencia, sino también como una voluptuosidad.

¿No es, pues, evidente que después de haber hojeado este libro durante algún tiempo, habrá desaparecido el hombre brutal y feroz, manifestándose el hombre intelectual y moral en aquel bárbaro á quien los dioses hubieran hecho conocer de este modo á Homero?

¡Pues bien! lo que un poeta semejante hiciera por este sólo hombre, Homero lo hizo para todo un pueblo. Apenas la muerte interrumpió sus cantos divinos, los *rapsodistas* ó los *homéridas*, can-

tores ambulantes, en cuyos oídos resonaban aún, y en cuya memoria se hallaban hondamente grabados sus versos, se extendieron por todas las islas y ciudades de la Grecia, llevando á porfía cada cual uno de los fragmentos mutilados de sus poemas, y recitándolos de generación en generación en las fiestas públicas, en las ceremonias religiosas, en las puertas de los palacios ó de las cabañas, en las escuelas de niños, de modo que toda una raza se convirtió en edición viva é imperecedera de aquel libro universal de la primitiva antigüedad. En tiempo de Ptolomeo Filopator, los naturales de Smirna le erigieron templos, y los de Argos le tributaron los honores divinos. El alma de un solo hombre comunicó su influjo por espacio de dos mil años en aquella parte del universo. En el año 884 antes de Jesucristo, Licurgo llevó á Esparta los versos de Homero para alimentar con ellos el alma de los ciudadanos. Luego apareció Solón, ese fundador de la democracia de Atenas, el cual, más hombre de Estado que Platón, conoció que existía civilización en el genio, é hizo recoger aquellos cantos esparcidos, á la manera que los romanos recogieron más tarde las páginas divinas de la Sibila. Después vino Alejandro el Grande, que apasionado por la inmortalidad de su fama, y conociendo que la llave del porvenir está en manos del poeta, mandó hacer una cajita de extraordinaria riqueza para guardar en ella los cantos de Homero, y los colocaba siempre debajo de su almohada para tener sueños divinos. Después vinieron los romanos, quienes de todas sus conquistas en Grecia, nada tuvieron en tanto como la conquista de los poemas de Homero; y todos los poetas sólo fueron los prolongados ecos de aquella voz de Chío. Llegaron luego las tinieblas de las edades bárbaras, que durante cerca de mil años envolvieron al Occidente en la ignorancia; tinie-

blas que sólo empezaron á eclipsarse cuando los manuscritos de Homero, hallados entre las cenizas del paganismo, fueron el estudio, el manantial y el entusiasmo del entendimiento humano. En resumen, el mundo antiguo, historia, poesía, artes, oficios, civilización, costumbres, religión, todo se halla en Homero; hasta el mundo literario moderno procede en mucha parte de él, y ante este primero y último de los cantores inspirados, ningún hombre, quien quiera que sea, podría, sin avergonzarse, darse á sí mismo el título de poeta. Preguntar si un hombre semejante puede contarse en la clase de los civilizadores del género humano, equivale á preguntar si el genio alumbra ú oscurece el mundo; es renovar la blasfemia de Platón; es negar la civilización á los poetas; es mutilar la humanidad en su órgano más sublime, el órgano de lo infinito; ¡es devolver á Dios sus más soberanas facultades por temor de que no cfsquen los ojos envidiosos, y de que haga aparecer el mundo real hartó oscuro y demasiado pequeño, comparado con el esplendor de la imaginación y lo grande de la naturaleza!

FIN

- 26°. 27°. y 28°. "VVerther", por Goethe.
 29°. "San José", por Alejandro Dumas; "La novia ó el tigre", por
 F. R. Stockton; "Odio de mujer", por Luis Ulbach.
 30°. "Artículos y Biografías", por Pedro Ortiz.
 TOMO IV.

- 31°. y 32°. "Poesías" de Rubén Darío.
 33°. "Estudios críticos", por Juan Bertis.
 34°. "Manfredo" por Lord Byron.
 35°. "Manfredo (conclusión) y Peregrinación de Childe Harold
 (fragmento)," por Lord Byron.
 36°. "Biografía de Homero," por Lamartine.
 Siempre lectura SANA y selecta.

Joyería "LA ESMERALDA"

ADEMAS del rico, variado y sin rival surtido de JOYAS de toda
 clase, hay en este acreditado establecimiento PERFUMERÍA exquisita;
Artículos de fantasía y sombreros de junco
 y de todas clases.

LA VENTA SE HACE POR MAYOR Y MENOR

ALMACÉN DE NOVEDADES "La Dalia"

En todos los vapores recibe
 el establecimiento **infinidad de mercaderías**

PARA RENOVAR LOS COLOSALES SURTIDOS

MUY BARATO Y NUEVO RODRIGUEZ Y FORNS

38 San Salvador, Plaza de Armas.

MARTIN BARSANTI y Cia.—San Salvador, C. A.
 Grandes talleres de Marmolería.

Casa principal en Pietrasanta (Italia.) 16

Sociedad para asuntos Judiciales

En esta fecha ha abierto su oficina en la casa número 43 — 8a. calle
 Oriente y 10ª Avenida Norte, junto al Establecimiento Hidroterá-
 pico, la sociedad que para ocuparse de toda clase de

ASUNTOS JUDICIALES Y ADMINISTRATIVOS.

han formado los infrascritos.

J. B. Navarro

Daniel Rosales

Alfredo Contreras

San Salvador, marzo 16 de 1898

33

POSDATAS

(EDICION DE LA "BIBLIOTECA ECONOMICA")

Galería de personajes célebres, en finos fotograbados; veinticuatro páginas de lectura *variada, curiosa y útil* que cambia de objeto en cada página y mantiene vivo el interés hasta la última. Edición mensual, por ahora.

Han circulado el número 1º., *con el retrato de Morazán*; el número 2º., *con el retrato de Carrera*; y el número 3º., *con el retrato de VValker*.

Vale MEDIO REAL cada ejemplar.

Francisco A. Gamboa.
Editor.

CÓRTESE el adjunto "cupón", acompañese de un billete de banco por valor de UN PESO, introdúzcase en un sobre y dirijase á DON FRANCISCO A. GAMBOA, San Salvador.—De esta manera recibirá directamente la BIBLIOTECA ECONÓMICA en los Departamentos ó en San Salvador la persona que firme el "cupón."

Señor Editor
de la BIBLIOTECA ECONÓMICA

Sírvase suscribirme á ocho entregas de su publicación, comenzando en el número.....

(Firma)

Dirección: